

La fe, la esperanza y el amor

W. A.

biblicom.org

Índice

| | |
|---|-----------|
| 1 - La naturaleza de la fe, de la esperanza y del amor | 3 |
| 1.1 - La fe | 3 |
| 1.2 - La esperanza | 4 |
| 1.3 - El amor | 5 |
| 1.4 - La fuente del amor hacia nuestros semejantes y hacia los santos . . . | 6 |
| 2 - Las relaciones mutuas entre «estas 3 cosas» | 6 |
| 2.1 - La relación entre la fe y la esperanza | 6 |
| 2.2 - La relación entre la esperanza y el amor | 8 |
| 2.3 - El ejemplo de Josafat | 9 |
| 2.4 - La esperanza en los misioneros | 9 |
| 3 - La mayor de estas cosas es el amor | 10 |
| 3.1 - La permanencia del amor en el cielo | 12 |

«Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estas tres cosas; pero la mayor de ellas es el amor» (1 Cor. 13:13).

Por la gracia del Señor y el ministerio del Espíritu, estas 3 cosas tienen morada en la tierra; pero provienen del cielo. Florecen en el desierto, pero son plantadas por el Señor. ¡Estas 3 cosas! El dedo de Dios las señala como los objetos que más le gusta contemplar en la tierra, como vestigios de un paraíso perdido y garantías de un futuro celestial.

Estas 3 cosas se combinan para formar un todo. Separar una es destruir la integridad del conjunto y dejar que las demás se descompongan. Para presentar el texto y aplicarlo, consideremos primero la naturaleza específica de cada uno: «la fe, la esperanza y el amor», luego las relaciones mutuas entre los 3 y, por último, la superioridad del último: «la mayor de ellas es el amor».

1 - La naturaleza de la fe, de la esperanza y del amor

1.1 - La fe

En cuanto a su origen, es un don de Dios; en cuanto a su acción, es obra del Espíritu Santo; en cuanto a su objeto, se adhiere a Cristo; en cuanto a su ejercicio, es el del propio discípulo: «Cree en el Señor Jesús, y serás salvo» (Hec. 16:31); «El que no cree, ya ha sido condenado por no haber creído en el nombre del Hijo único de Dios» (Juan 3:18).

La «fe» designa el acto del pecador cuando acepta a Cristo por parte de Dios, según las condiciones de Dios. Es el acto del hombre y, sin embargo, carece totalmente de mérito. Si los pecadores perdidos y sin fuerza rechazan la salvación ofrecida por el Evangelio, este rechazo aumenta considerablemente su culpa; pero si la aceptan, este hecho no constituye una justicia. Las Escrituras dan gran importancia a la fe: «tu fe te ha salvado», «sin fe es imposible agradar a Dios» (vean Mat. 9:22; Marcos 10:52; Lucas 7:50; Hebr. 11:6).

La fe es la primera piedra del edificio, pero no es su fundamento. Es el acto de aferrarse a Cristo, pero todo su valor depende del valor de Cristo al que nos aferramos. Un hombre puede tener fe –una fe real, ardiente, enérgica– en los santos y las imágenes, los sacerdotes y las reliquias; pero esa fe no lo salva. Si un hombre que se está

ahogando extiende la mano y, con una energía sobrenatural, agarra la espuma que baila en la cresta de una ola, su mano la atravesará como si fuera aire, y se hundirá, impotente, en las profundidades. Está perdido, no porque le haya faltado precisión en su objetivo o energía al agarrarlo, sino porque el objetivo al que se dirigía era vano y sin poder. Nuestra ayuda reside en Aquel que es poderoso; Cristo salva por completo. Mientras la carga del pecado nos arrastra hacia la segunda muerte, el alma debe apoyarse en la persona, la justicia, el sacrificio y la resurrección de Emanuel (que significa: Dios con nosotros). «Cristo es de Dios», y cuando «vosotros sois de Cristo» (1 Cor. 3:23; Gál. 3:29), todo está bien. «¡Bienaventurados todos los que en él confían!» (Sal. 2:12).

Cuidado con la forma en la que ustedes vienen a Cristo. Vengan como indignos, vacíos de ustedes mismos, culpables. Vengan a él sin nada de ustedes y con todo para él. Si, para ser un poco más dignos de su aceptación y, por lo tanto, un poco menos deudores de su amor que perdona, hacen ustedes preparativos para revestiros, lo pierden todo. Si el más mínimo atisbo de suficiencia se interpone entre un pecador y el Salvador, los mantendrá separados. Durante un injerto, el injerto debe colocarse desnudo y supurante sobre el tronco desnudo y supurante. Si se involucra primero el injerto, nunca cobraría vida, el árbol nunca se la daría. Así, en una conversión, el alma golpeada, consciente de su culpa y de no tener nada bueno en sí misma, debe aferrarse a Cristo crucificado para obtener el perdón y la justicia. Cualquier obra por su parte, con el fin de hacerse agradable, será un obstáculo que impedirá que penetre la luz de la vida del Salvador. Por eso el apóstol protesta enérgicamente contra el legalismo innato y arraigado de los judíos convertidos: «Os digo yo, Pablo: Si os circuncidáis, Cristo no os servirá de nada» (Gál. 5:2). Como medio de salvación del pecador, Cristo es todo o nada. Los pobres indigentes que se aferran a la plenitud de la Deidad encarnada en el Hijo de Dios, eso es la fe.

1.2 - La esperanza

¡Bendita esperanza! Si no saborean su dulzura, es en vano que me esfuerce por hablarles de ella. Es una luz descendida del cielo para alegrar un escenario oscuro y turbulento. Es como la luz de la luna prestada por el sol para atenuar la oscuridad, que no puede disipar. La esperanza está hecha para un estado temporal e imperfecto. Su función es aliviar, hasta cierto punto, las tristezas presentes, aprovechando por adelantado las reservas de gozo que están por venir.

Aplicada a los dones más ricos de Dios y a los intereses más elevados del hombre,

la esperanza, desde la tierra, alcanza el cielo y echa el ancla del alma dentro del velo donde está segura y firme, para que la espera del descanso eterno permita al creyente cansado soportar con paciencia las olas del mar agitado del tiempo.

Pero recordad: “el que nunca ha tenido temor, nunca ha tenido esperanza”. La esperanza no habita en un corazón que nunca ha sido quebrantado, sino en un corazón que ha sido quebrantado y sanado. Estrella pura y brillante, fijada en lo alto del cielo, alcanza con sus rayos el ojo que alza el peregrino cansado. Las estrellas no brillan durante el día, pero la oscuridad las hace resaltar. Así, la aflicción llama a la esperanza para ayudar al que sufre. Cuando los redimidos se levantarán del sueño de la tumba y abrirán los ojos al amanecer del día eterno, esa dulce estrella, que tantas veces los tranquilizó durante la noche de su peregrinación, no se encontrará en las alturas; porque, en presencia del Sol de justicia, la esperanza, al no ser ya necesaria, ya no aparece.

1.3 - El amor

Algunos fragmentos de esta cosa celestial sobreviven a la caída y florecen en nuestra naturaleza. El amor es bello incluso en medio de las ruinas. Como instinto en las familias, cuando no está completamente cubierto y sofocado por vicios groseros que se desarrollan a su alrededor, el amor parece ser un rasgo que permanece de la primera semejanza del hombre con su Creador. Pero el amor que hay en nosotros, al nacer, es débil, cambiante e impuro. En el mejor de los casos, se expresa débilmente, de forma irregular e intermitente. El amor asociado a las gracias que son la fe y la esperanza, en nuestro texto, es obra del Espíritu de Dios en los hombres renovados.

Solo se nombra el sentimiento, no sus objetos. El amor es como un fuego que arde o una luz que brilla. Si tal llama se enciende en vuestros corazones, sus rayos se extenderán sin distinción en todas direcciones. Caerán sin parcialidad sobre grandes y pequeños, sobre buenos y malos. Hacia arriba, hacia abajo y alrededor, fluye el amor –el amor por Dios en el cielo y por los hombres en la tierra– el amor por los buenos que merecen nuestro aprecio y por los malos que necesitan nuestra compasión.

1.4 - La fuente del amor hacia nuestros semejantes y hacia los santos

Pero si el objeto del amor no se especifica expresamente en el versículo 13, los versículos anteriores están dedicados por completo al amor que se ejerce en su nivel más bajo –el amor hacia nuestros semejantes. Este capítulo 13 de la Primera Epístola a los Corintios es muy querido por la Iglesia de Cristo; es como un comentario, siempre fresco, burbujeante como un torrente, sobre el segundo gran mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mat. 22:39). Pero este canal inferior debe estar alimentado por una fuente superior. Debemos elevarnos hasta el primer mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios» (Mat. 22:37), para que el torrente del amor fluya libremente desde allí. La fe en el Señor Jesús es el primer rasgo de un verdadero cristiano y «el amor para con todos los santos» (Efe. 1:15) es el segundo.

Aprenderemos más sobre la naturaleza del amor cuando, en la continuación de nuestra ilustración, llegemos a considerar su grandeza. Tratar de estimar su profundidad arrojará luz sobre su naturaleza.

2 - Las relaciones mutuas entre «estas 3 cosas»

Hasta ahora las hemos descrito como 3 círculos yuxtapuestos; ahora las describiremos como 3 eslabones unidos entre sí, formando una cadena. Una cadena de 3 eslabones tiene 2 uniones. En este sentido, veremos 2 cosas: la relación entre la fe y la esperanza, y la relación entre la esperanza y el amor.

2.1 - La relación entre la fe y la esperanza

Hemos visto que la fe se basa en Cristo y que la esperanza depende de la fe. En la vida, la fe unida a un Salvador y la conciencia de ese vínculo dan esperanza. Pero existe una esperanza que no tiene nada que ver con la fe. Las casas construidas sobre arena tienen buen aspecto mientras el tiempo es bueno. Los hombres comienzan por querer que Dios no sea tan justo como lo presenta la Biblia, y terminan creyendo en su propia mentira. Su esperanza no es una esperanza viva. En el momento de la prueba, será como podredumbre en los huesos (Hab. 3:16).

Entre los hombres caídos, todo lo que es bueno es falso, ya sea en el ámbito material

o espiritual. Las Escrituras hablan precisamente de una esperanza viva, por lo que debe haber una muerta; de una «esperanza que no avergüenza» (Rom. 5:5), por lo que debe haber una que avergonzará a quien la posea, cuando el día revele su falsedad. En un lugar peligroso, si ustedes vieran firmemente fijada en la roca cercana una cadena aparentemente sólida de la que cuelga un hermoso anillo de hierro, se sentirán impulsados a colgarse de ella para salvarse de su situación. Si ese anillo de hierro no estuviera colgado directamente de la cadena, sino de una ramita quebrada, caerían del lugar peligroso y se precipitarían hacia una muerte inevitable. Lo mismo ocurre con la caída de un pecador que ha arriesgado el futuro de su alma por el gran día basándose en una esperanza que no está ligada a la fe. El versículo que habla de la esperanza viva revela además cómo podemos alcanzarla: «Nos hizo renacer para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (1 Pe. 1:3). ¿Cómo encaja este sólido eslabón inferior en el sólido eslabón superior para formar una cadena que soporta una carga con total seguridad? En el fuego. Es calentada a alta temperatura antes de poder soldarse. Es mediante un proceso similar como la esperanza de un alma es admitida en la fe viva y se vuelve también viva. Un corazón frío en contacto con la letra muerta de la verdad no es suficiente, aunque ambos puedan adaptarse el uno al otro mediante una confesión exacta. Se necesita calor para derretirlo. Cuando el corazón se derrite como agua a la luz del amor redentor, la esperanza se fija en la fe, y la fe se fija en Jesús, para no separarse nunca más.

Cuando nos apoderamos de la esperanza así, se la puede cargar fácilmente. Soporta cualquier dificultad. Con tal apoyo, las aflicciones más pesadas se consideran ligeras, porque «no son dignas [de ser comparadas] con la gloria que debe sernos revelada» (Rom. 8:18). En presencia de esta bendita consoladora, la muerte parece ser la sierva del Padre, enviada para llevar a los hijos a Casa. La tumba se convierte en el lugar donde el Señor da descanso; y a través de la abertura que Él hizo en su lado oscuro, brilla la resurrección del justo y una gloriosa inmortalidad. Estas cosas se saborean por anticipado, como el racimo de Escol que se trajo al desierto para ser probado antes de tiempo; es la esperanza, esperanza fundada en la fe, que vuela como con alas de águila cruzando el río que separa de la meta, y que refresca al peregrino en las últimas etapas de su viaje, con los primeros frutos de la Tierra de Promisión.

2.2 - La relación entre la esperanza y el amor

El amor humano que renuncia a sí mismo es fruto de la fe cristiana. Para el hombre, el temor de Dios es la verdadera fuente del respeto auténtico. La vida de Cristo es el ejemplo del amor y su palabra da la Ley. Pero si el amor se apoya en la fe cristiana de manera lejana y general, depende inmediata y específicamente de la esperanza del cristiano. La esperanza se apoya en la fe y el amor en la esperanza. La piedra angular de la Casa de Dios, el amor, no podría permanecer en su lugar si la fe, que descansa directamente sobre la roca, no estuviera firmemente asentada debajo; pero no es menos cierto que su elevación y belleza se deben a otras gracias del Espíritu, que se acumulan, paso a paso, sobre la fe.

El único amor verdadero es aquel que soporta a su objeto y actúa en su favor. El capítulo que concluye nuestro versículo es un gran himno al amor. La gracia que se ordena, se describe y casi se canta a lo largo de todo el libro, no es el nombre «amor», sino su sustancia. Sus 2 elementos son “acción” y “sufrimiento”. Las 2 caras del amor vivo son: soportar el mal con dulzura y hacer el bien con energía, y esto hacia cada hermano o hermana, según su necesidad y tu oportunidad. El ejemplo de Cristo es la regla: «Que os améis unos a otros; como yo os he amado» (Juan 13:34).

Así es el amor; pero si la bienaventurada esperanza no lo sostiene, el amor se marchitará. En las Escrituras, la analogía de una planta se une a menudo a la de un edificio, para que ambas puedan juntas representar mejor la vida cristiana. Los diversos actos del amor, evocados en este capítulo, se extienden en todas direcciones y no dejan ningún espacio sin ocupar; son como las ramas de un árbol frutal. Un solo tronco las sostiene y las alimenta a todas, mientras que este está sostenido y alimentado por la raíz. Así, la esperanza, sostenida a su vez por la fe, sostiene el amor –un amor enérgico, expansivo, perfumado y fecundo.

¿No podemos decir que, incluso en este sentido, Jesús se hizo semejante a sus hermanos? La esperanza en el corazón del Hombre de Dolor lo sostenía en su obra de amor; «por el gozo puesto delante de él esperaba, soportó la cruz, despreciando la vergüenza» (Hebr. 12:2). La esperanza de un resultado glorioso sostenía su espíritu en todo momento. El Maestro, como el siervo, «tenía puesta su mirada en la remuneración» (Hebr. 11:26).

2.3 - El ejemplo de Josafat

La historia de Josafat es un ejemplo que muestra la esperanza y el amor en su verdadera relación recíproca. Se le presentó una tarea difícil: reformar una nación decadente. Lo intentó y lo consiguió. El país estaba lleno de ídolos; el pueblo estaba sumido en la ignorancia. Su tarea consistía en difundir la Palabra de Dios y restablecer su culto. Elaboró su plan, eligió a sus agentes y se puso manos a la obra. Su plan para educar a la nación se basaba en la religión revelada y se aplicaba a un pueblo ignorante e idólatra. El buen rey no descansó hasta que la obra estuvo terminada; el secreto de su éxito está consignado, para nuestra utilidad, en estas sencillas palabras: «Se animó su corazón en los caminos de Jehová» (2 Crón. 17:6). Un corazón abatido no habría podido sostener la mano que trabajaba en la obra de amor que Josafat había emprendido y llevado a cabo.

Algunas personas miran la esperanza con recelo, como si fuera casi un pecado. Actúan como si esperaran asegurar su vida futura amargándose la vida presente. Es un grave error que deshonra a Dios y perjudica a los hombres. Destruir la esperanza no engendra ni la fe ni la santidad. Una falsa esperanza es peligrosa: ¿puede ser seguro lo que es falso? ¡No se eliminan las monedas porque haya muchas falsificaciones! ¡Cuidado de que la fidelidad no degenera en misantropía [1]! ¡Cuidado de no herir a los pequeños del rebaño de Cristo, de no apagar el gozo en el Señor en el corazón de un verdadero discípulo! Cuando un ministerio, orientado por las tendencias partidistas de una época, una raza o un país, destruye cada ramita de esperanza que brota, cavando constantemente y con torpeza entre las rocas de la humildad, produce una nube de profesos ociosos, que lamentan su estado de pecado para demostrar su santidad, pero que no son buenos soldados de Jesucristo.

[1] Rechazo, aversión al trato con los demás.

2.4 - La esperanza en los misioneros

La esperanza es una gran cualidad esencial que hay que buscar en los misioneros. El desánimo es un obstáculo para la actividad, puede llevar a la desesperación y a la falta de energía. En igualdad de condiciones, un cristiano lleno de esperanza será un mejor testigo de Dios a los ojos de los paganos que un cristiano desanimado. La esperanza es el motor del amor que se activa –esperanza en Dios, primero para uno

mismo y luego para el prójimo.

Se dice: «El león está en el camino» (Prov. 26:13) para cualquiera que quiera recorrer el mundo para ganar almas para el Salvador. Se pondrán excusas: hay personas que no prestan atención a nada; otros más refinados dedican todo su fervor a los ídolos; la incredulidad está grabada en muchos por las costumbres y los prejuicios de 60 generaciones; y, misterio de iniquidad, en la esfera de muchas denominaciones cristianas, el conocimiento se utiliza con éxito para propagar y perpetuar una ignorancia total.

Entre nosotros, se alegrará: los jóvenes son vanidosos y los viejos codiciosos; los ricos son orgullosos y los pobres indiferentes; al mirar el campo de acción, los que caminan con la vista dicen que el esfuerzo es inútil; los cristianos desanimados, aunque digan menos, no harán más.

Pero un corazón lleno de esperanza y amor ahuyentará 1.000 dificultades, como el viento ahuyenta el humo. El que confía en Cristo camina por la fe; y el que camina por la fe espera; y el que espera ama; y el que ama trabaja; y el que trabaja ganará, ganará almas para Dios.

3 - La mayor de estas cosas es el amor

El amor es el mayor en 2 aspectos distintos: en cuanto a su obra en la tierra y en cuanto a su permanencia en el cielo.

En su obra en la tierra, es el único de los 3 que alcanza a los demás hombres y actúa directamente sobre ellos para su bien. Cristiano, «tu fe te ha salvado», pero ¿qué puede hacer por su hermano? No le alcanza. Es un secreto en sí mismo. Su poder es grande, pero es el poder de una raíz, no de una rama. Actúa sosteniendo y estimulando otras gracias. Se dice expresamente: “la fe actúa por el amor”.

Del mismo modo, la esperanza comienza y termina en el corazón del discípulo. Estos 2 departamentos del reino se encuentran “dentro” de sus súbditos leales. Envían a otros misioneros, pero ellos mismos no salen. La naturaleza de la fe y la esperanza es tal que no prosperan si se exponen a menudo a la vista. No me muestren su fe o su esperanza, sino muéstrenme, a través del sufrimiento y la actividad del amor, que estos 2 elementos benditos del amor prosperan en sus almas. Cuanto menos se manifiesta su esperanza a los ojos de los hombres, mejor se encuentra; pero cuanto

más prospera en su interior, más amor envía para bendecir al mundo.

Por el contrario, el amor se manifiesta. A menos de actuar, y actuar sobre los demás, no puede existir. El amor no se limita a quien ama; su esencia es abrirse al exterior. Estas 3 cosas en ejercicio en la mente humana captan cada una su propio objeto. La fe se aferra a Cristo, la esperanza al cielo, pero el amor a todos los hombres. No quiere ni puede dejar al mundo aislado; todo el vecindario lo sabe, lo siente. El amor es como Aquel que «anduvo haciendo el bien por todas partes» (Hec. 10:38).

Así, en contacto con el mundo y el tiempo, el amor es el mayor de los 3. El amor enseña a los que no saben nada, viste a los desnudos, alimenta a los hambrientos. El amor reprende el pecado, quita o aleja la tentación, devuelve al camino de la rectitud al que se extravía. El amor traduce la Biblia a todas las lenguas humanas y trata de introducirla en todos los hogares. El amor cumple este último mandamiento del Señor: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15).

Un árbol se yergue solo en el césped; está ahí mientras 3 generaciones de propietarios han sido llevados sucesivamente ante él hasta la tumba. Crece en un lugar protegido y en un suelo generoso. Al no tener otros árboles a su alrededor, ha invadido el suelo con sus raíces y el aire con sus ramas. Al observar el árbol desde lejos, lo encuentran hermoso en el paisaje, pero solo ven las ramas. Parece una gran masa de verdor, redondeada o cónica, según la especie, elevándose hacia el cielo y descansando debajo sobre el césped circundante. Saben que tiene un tronco recto y sólido, y raíces profundas y extensas que alimentan todas esas ramas, pero el tronco y las raíces son invisibles. Al acercarse, pueden ver el tronco y, al excavar la tierra, pueden descubrir las raíces. Pero esas partes están ocultas a la vista y son de pequeño tamaño. Las raíces, el tronco y la copa ramificada son los 3 elementos que constituyen el árbol, pero el más grande de ellos, en belleza y fecundidad, es el conjunto de ramas frondosas, floridas y fructíferas.

En el vasto campo de las Escrituras, el capítulo 13 de la Primera Epístola a los Corintios constituye precisamente un objeto de este tipo. A los pies, vivas y portadoras de vida, pero de pequeñas dimensiones y casi ocultas a la vista, se encuentran la fe y la esperanza, la raíz que nutre y el tronco que sostiene; pero el amor brota y se derrama por todas partes, y llena los ojos del observador. Contemplan las múltiples ramas, diversas, entrelazadas y radiantes; cuán perfumadas y fructíferas son, cuán grande y magnífico es el conjunto. «El amor es paciente, el amor es servicial. El amor no tiene envidia, no es jactancioso, no es arrogante. No es indecoroso, ni

busca su interés. No se irrita, ni toma en cuenta el mal; no se goza en la injusticia, pero se alegra con la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Cor. 13:4-7).

3.1 - La permanencia del amor en el cielo

La fe y la esperanza son de un valor inestimable para quienes eran pecadores; pero son por naturaleza parciales y temporales, al menos en su forma actual. Si no hubiera habido pecado, no habrían sido necesarias; y cuando el pecado haya sido completamente eliminado, ya no serán necesarias. Es cierto que el amor que constituye el cielo de los redimidos crece en la fe y la esperanza; pero también es cierto que cuando el amor sea perfecto, la fe y la esperanza que lo sustentaban llegarán a su fin.

Aquí abajo, la imagen terrenal del hecho espiritual se encuentra, no en el árbol que sigue floreciendo después de que el nieto de quien lo plantó se ha reunido con sus padres en una vejez feliz, sino en los tallos de los cereales, más débiles, pero mucho más preciosos y útiles, que germinan, fructifican y mueren en el espacio de un año. En primavera y verano, el agricultor dedica todos sus cuidados a las tiernas raíces y los tallos verdes de su campo; su vida depende de ellos y, por lo tanto, los aprecia mucho. Si perecen, todo está perdido. Pero en otoño, cuando el grano maduro se almacena en los graneros, ve sin pesar cómo los tallos y las raíces se convierten en polvo. Así son, en relación con la eternidad, la fe y la esperanza que nacen de la semilla de la Palabra en los corazones quebrantados durante la temporada preparatoria del tiempo. Cuando el amor que llevan maduro, será almacenado para ser conservado eternamente y ellas serán dejadas atrás. «El amor nunca se acaba. ¿Hay profecías? Acabarán. ¿Hay lenguas? Cesarán. ¿Hay conocimiento? Terminará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; pero cuando venga lo que es perfecto, entonces lo que es en parte se acabará» (1 Cor. 13:8-10).

Estas tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, no tienen motivo para envidiarse. Si el amor es grande, e incluso el más grande, la fe no es menor. Cuanto más precioso es el fruto maduro, más se valora la raíz que lo produce. El amor es lo más grande; aparte de lo que ha crecido sobre la fe, nada de lo que los hombres reconocen en la tierra o en el cielo es digno del nombre de esta cosa más grande. ¿No magnifica este pensamiento la función de la fe?

Por otra parte, ¿es reconfortante pensar que se posee la fe, lo único esencial para

una criatura pecadora, si en realidad se descuida la obra que el amor exige y realiza? ¿Qué valor tiene esa fe? Una raíz que no da fruto: un tronco. «¿Cuál es el provecho, hermanos míos, si alguno dice que tiene fe, pero no tiene obras? ¿Acaso la fe puede salvarlo?» (Sant. 2:14). Una fe que no va acompañada de las «obras» por las que se entrega el amor verdadero, «está muerta por sí misma» (v. 17).

Los que sacan su vida de Cristo pueden gastar sus fuerzas por su causa. «Arrraigados y edificados en él» (Col. 2:7), tienen acceso a toda la plenitud de la divinidad: podrían –y deberían– estar «vigorosos y verdes» (Sal. 92:14). Al recibir mucho del Salvador del mundo, por la fe, deberían hacer mucho, por amor, por un mundo pecador. Si la raíz oculta está viva, el fruto que madura debería ser bueno y grande.